

del ánimo, pueden ser buenos en moral, pero literariamente son helados é indigestos, y la frialdad y falta de interés que acompaña á un héroe de esta especie refluye en toda la novela ó poema de que es protagonista: sean ejemplos la *Eneida* de Virgilio y *La Jerusalem* del Tasso, poemas que desmerecen por el empeño de los autores en hacer impecables á Eneas y á Godefredo. Tal defecto es mas notable en la novela de Cervantes, porque son dos las personas dotadas de esta perfeccion estóica. Si Periandro fuera un amante ardiente y emprendedor, y Auristela, sola y desvalida ahogando sus propios deseos, le hiciese respetar su decoro, brillaria gallardamente la honestidad de esta hermosa princesa, y el lector, hallándola mas conforme á la humana naturaleza, por ella se interesaria mas. Por otra parte, si viera alguna vez luchar á Periandro entre el deber y el amor, podria convencerse de que amaba, y desear que gozase en brazos de su amada el premio de sus fatigas. Pero en aquel tiempo mistificábase á las heroínas de los poemas hasta hacerlas contrarias á la naturaleza humana, por quererlas pintar superiores á ella; y en los amantes no se suponía sino una adoracion sumisa y respetuosa, resto de las costumbres ideales retratadas en los libros caballescicos (1).

El error de haber imaginado mal á los héroes por seguir estas costumbres, y acaso también por querer imitar con demasiada sujecion la castidad de los amores de Teágenes y Cariclea, impide que tome el lector muy á pechos los trabajos que les pasan, por no haber podido el autor dar á aquellos personajes todo el interés de que eran susceptibles. Mal retratados, sin contraste los caracteres, é imposibilitados de brillar por falta de expresion en los sentimientos y pasiones, Cervantes vióse obligado á sostener su fábula con la complicacion de los episodios, buscando en su artificio lo que debió buscar en la pintura de los afectos; pero en este desesperado medio de que echó mano, hizo ostentacion de un lujo y una riqueza verdaderamente orientales. Episodios hay en el *Persiles* suficientes para componer gran número de novelas. Muchos de ellos, aislados, son agradables y bien escritos, aunque en la obra fatigan y confunden la memoria, y perjudican al desenvolvimiento de la fábula; entre los cuales se distingue el de Ruperta, pasaje dramático que dice Florian que por si solo bastaria á hacer precioso el libro; sin que deje por eso de ser curioso y ameno todo el itinerario que los peregrinos hacen de España á Roma por Aragon, Valencia y provincias meridionales de Francia, el mismo que siguió el autor cuando en su juventud acompañó á Roma al cardenal Aquaviva. Formado pues de recuerdos el libro, ofrece la ventaja de haber observado por si mismo el autor cuanto refiere de las cosas notables de las poblaciones de aquella carrera, y tiene para nosotros el aliciente de la verdad. Pero otros episo-

(1) La Harpe en su *Curso de literatura*, dice: «Hace tiempo que se ha tomado el partido de reir de todas estas heroínas de novela, para quien la declaracion de amor mas respetuosa era un ultraje tan grande, que no se perdonaba sino despues de muchos años de expiacion. Nada hay en este género mas célebre que un *Polixandro* del señor de Gomberville, en cinco grandes volúmenes de mil á mil dociientos páginas cada uno, que son un exceso de locura, tan curioso, que da valor para leerlos, aunque á la verdad, un poco á la ligera. La princesa, heroína de esta terrible obra, es una tal Alcídiana, que es la mas extraordinaria criatura que se ha imaginado jamás. Amada de todos los monarcas del mundo, vienen embajadores de todos los rincones del universo para pedirla en matrimonio. Los que no pueden pretenderla se contentan con declararse sus caballeros á seiscientos ó seiscientas leguas; rompen lanzas en su honor, y se guardan de mirar á ninguna otra mujer del mundo, despues de haber visto el retrato de Alcídiana. Con todo, la Princesa está muy ofendida; figurasele una audacia que el gran kan de los tártaros y el rey de Cachemira y los sultanes de Indias se atreven á enamorarse de ella, aunque de un poco léjos. En fin, amar á Alcídiana, aun de mil leguas, es un crimen digno de muerte, excepto para Polixandro, el héroe de la novela, á quien solo ha permitido ella que le ame, porque en fin era preciso otorgar gracia á alguno. En calidad de su caballero, le despacha á todas las cortes á castigar á los insolentes que osan amarla sin su permiso. Polixandro da la vuelta al mundo, desafiando á todo el que encuentra; y cuando

ha muerto al uno, herido al otro, destronado á aquel, hecho al de mas allá prisionero, exigiendo palabra á todos de que ya no osarian manifestarse amantes de Alcídiana, vuelve al lado de su bella, que se digna honrarle con una mirada; pero que no se puede familiarizar, sino mucho tiempo despues, con la idea de casarse con un hombre que por ella ha muerto tantos otros. El mismo tambien se admira de ello, y cuando ya está casado, tiene todas las penas del mundo en persuadirse que un mortal pueda ser marido de Alcídiana y que este esposo sea él. La cabeza se le trastorna cuando le muestran la estancia de su esposa; dos escuderos tienen que sostenerle en la escalera, quiere caer en cada escaalon, y la escalera concluye cuando uno aun no está bastante seguro de la vida de su héroe.» Tal es la pintura que hace La Harpe de esta novela, á cuyo estilo se ajusta la mayor parte de las del tiempo del caballero Gomberville. Pero ¿cómo explicará La Harpe que lo que él encuentra ridiculo se leyese con entusiasmo y trasportes de admiracion cien años antes? Es que habia otras costumbres y otras ideas, si se quiere, convencionales para escribir novelas; y variadas estas ideas y costumbres, halló la sociedad ridiculo lo que antes se creia sublime. Gran dosis de juicio, de talento y estilo debia poseer Cervantes, cuando escribiendo bajo el influjo de aquellas convenciones, en una novela heroica pudo libertar sus héroes de que hoy parezcan risibles como Alcídiana y Polixandro; pero aunque los libertó de este extremo, no atinó á hacerlos interesantes.

dios, principalmente los que se colocan en los mares del Norte y tierras convecinas, chocan á la historia y geografia; se resienten de desmesurados é inverosímiles, y algunos de ellos autorizan ridiculas preocupaciones. Sorprende al pronto cómo Cervantes, que en el *Quijote* habia graciosamente zaherido lo poco naturales que son en general los libros de caballerias, y en todas sus obras hecho guerra á las desatinadas creencias del vulgo, incurrió en esta novela en los mismos defectos que combatió su sensata filosofia. Poco satisfecho quizá del éxito de sus anteriores escritos, ó creyendo tal vez que no se podia agradar sino con el abuso de lo maravilloso á aquella generacion contemporánea suya, mal curada aun de exageraciones, quiso ahora sacrificar sus ideas al deseo de que su nuevo libro fuese recibido con entusiasmo, y malogró el *Persiles* con un defecto que no se nota en el *Quijote* ni en las *Novelas*.

Sin embargo, aunque faltó de interés, debe estimarse el *Persiles* como un prodigioso esfuerzo de imaginacion, y por la excelencia de su estilo digno de ser estudiado por cuantos quieran imponerse en los primores de la lengua castellana. Escrito con mas meditacion que *La Galatea* y el *Quijote*, corrigió aqui las faltas de construccion de estas dos novelas; y á pesar de la complicada urdimbre de su plan, en que entran mayor número de interlocutores que en las obras citadas, dejó atados completamente los cabos todos. Es mas castigado, aunque no tan vario, el estilo, ni tan espontaneo como el del *Quijote*, que le lleva la gran ventaja de prestarse á mas diversidad de matices por la índole festiva de la composicion, y en él corrige la afectacion y dislocacion de la frase y los descuidos gramaticales que se encuentran en otros de sus escritos. Causa admiracion que, á pesar de los cansados años de Cervantes, jamás se note en él dureza ni sequedad en esta novela. Compuestos están los primeros capítulos en que se habla de las mazmorras de Corsicurvo y de los sucesos de la isla bárbara, con natural y rotunda elocuencia y agradable novedad de giros y frases. ¿No merece pues disculpa la opinion del autor, y en parte no parece legitima la que emitió su aprobante el maestro Valdivielso, diciendo que entre todos los libros del inmortal escritor ninguno es mas ingenioso, mas culto ni mas entretenido?

No permitieron á Cervantes los achaques terminarlo tan pronto como se habia prometido, y así duró su conclusion casi tanto como su vida. Ya presagiaba próxima su muerte cuando escribió el prólogo, rasgo singularísimo, que no se puede leer sin respeto hácia un autor que en tan duro momento conservaba en toda su fuerza su carácter festivo. Recibida ya la extremauncion compuso la dedicatoria al conde de Lemos; la cual, por esta circunstancia, excitó las malignas alusiones de de un mordaz escritor (1), á cuya envidia ni la muerte del envidiado pudo imponer silencio. De alma ruin y baja fué no comprender la nobleza que indica la conducta de Cervantes, á quien ni las ansias de la agonía ni las agitaciones de un trance que hace olvidar todas las cosas terrenas, lograron anublar de su memoria el grato recuerdo de su favorecedor. Dedicándole pues este envidiable testimonio de su pecho agradecido, envuelto entre sus postreros suspiros, parece quiso llevar su gratitud mas allá de los términos de la vida. Otro pensamiento respetable le movia á procurar no morir sin dejar terminado el *Persiles*. Habia probado la miseria al lado de un inseparable compañero, que si él desaparecia del mundo, como lo barruntaba, quedaba sin su apoyo en la mendicidad; y no estando en su mano dejarle rentas ni estados, trató á lo menos de dejarle un libro de que pudiese sacar partido, aliviando con su producto su pobreza. Así no fué la frivola aficion de que quedara en el mundo una obra nueva suya lo que le impelia en medio de las fatigas de su último padecimiento á ponerla en disposicion de imprimirse, sino el deseo santo de dejar un pedazo de pan á su desolada y pobre familia. Al poco tiempo de escribir la dedicatoria, monumento irrecusable de la filosófica tranquilidad de su ánimo en los instantes supremos, salió su alma de la cárcel de este mundo; mas como si la suerte quisiese ensañarse hasta con sus cenizas, borró las huellas de la tierra á que se entregaron sus helados despojos (2).

(1) El ya varias veces citado Cristóbal Suarez de Figueroa, en su *Pasajero*.

(2) Hé aquí el artículo bibliográfico que de esta obra formó don Martín Fernandez de Navarrete:

«A esta novela llamó Cervantes *Historia setentrional*, y aunque anunciada por él desde 1613, no la concluyó hasta los últimos días de su vida, por cuya razon escribió la dedicatoria y el prólogo casi entre las agonías de la muerte, dejando á su viuda el manuscrito para que pudiese lograr algun provecho de su publicacion. Ya fuese con este objeto ó con el de hourar la

memoria de su marido, solicitó desde luego doña Catalina de Salazar privilegio real para imprimir la obra, que, aprobada por el maestro José de Valdivielso en 9 de setiembre de 1616, se concedió por diez años, con fecha en San Lorenzo el Real, á 24 del mismo mes y año, refrendado por Pedro de Contreras. Este privilegio le compró el mercader de libros Juan de Villaroel, á cuya costa se imprimió el libro por Juan de la Guesta á fines de aquel año; pues ya se halla autorizada la fe de erratas por el licenciado Murcia de la Llana, en 15 de diciembre, y expedida la tasa en 25 del mismo mes por

mérito. Cuando salía su humilde féretro de la calle de Francos, á pocos pasos de su casa tenían las suyas dos insignes ingenios mas mimados de la fortuna, Quevedo y Lope de Vega. Este último le dió algun tiempo el título de amigo, en su juventud no desdeñó los elogios de Cervantes, y á lo que puede colegirse, era su compariente; y el primero, admirador de su ingenio, estudiaba sus obras como una rica mina, que podía beneficiar para sus composiciones satíricas y morales. Sin embargo, embriagado el uno en los aplausos de su gloria, y envuelto el otro en el torbellino del mundo, en que tan perjudiciales fueron á su tranquilidad y su ventura su franqueza y espíritu reformador, vieron este suceso como un acontecimiento vulgar, y no se sabe que ni uno ni otro se adelantasen al auxilio de su pobreza ni á hacer menos amargos con sus consuelos sus últimos momentos. Melancoliza considerar el miserable carácter de los hombres, aun de los que se llaman grandes; el mérito mas eminente es desdeñado por ellos y vilipendiado, si no lo acompañan el oropel de la riqueza y el boato de una posición elevada. Si los talentos de Cervantes hubiesen residido en un rico caballero, ¿cuántos elogios no hubiera debido á la literatura! ¿Cómo se habria puesto sobre las nubes al prodigioso personaje! Y si la muerte lo hubiese robado á la tierra, su funeral habria sido una apoteosis, y las musas habrian llorado sobre la tumba! Pero Cervantes era infeliz, y los ingenios buyeron de él como de un apestado. Su viuda no tardó en dar á la impresion el libro legado por el cariño de su marido; y en breve tiempo se consumieron diez ediciones, haciendo así justicia el público á la memoria del buen escritor que le instruía y regocijaba. Era entonces costumbre que los amigos pusiesen al frente de los libros composiciones poéticas, laudatorias de los autores; pero ninguno de los ingenios celebrados de España inscribió su nombre en las primeras páginas del *Persiles*, en recuerdo del difunto escritor; únicamente en ellas se leen una décima de don Francisco de Urbina y un soneto de don Luis Francisco Calderon, que no es del todo malo, ambos autores desconocidos (1).

Otra imitación de las novelas griegas además del *Persiles* vió la luz no muchos años despues, compuesta por don José de Pellicer y Tovar, uno de los escritores mas incansables de España, que no dejó género en que no tentase fortuna, y que en muchos habria ofrecido modelos, si á su erudición hubiera correspondido su juicio. Este ingenio que, aficionado á la literatura novelesca griega, tradujo de la version latina de Anibal Crocio la *Historia de Leucippe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio,

que vivia en Italia Alonso Nuñez, véase la obra de Hortensio Frando int. Cataloghi, que se imprimió en Venecia el año 1552. Gallardo. — La historia de *Los amores* ocupa doscientas páginas, al cabo de las cuales comienzan con portada nueva y foliatura nueva las *Obras en coplas castellanas y versos al estilo italiano*, del mismo Reinoso.

(1) Siempre me ha extrañado que cuando en aquel siglo apenas se publicaba librito alguno que no se viese engalanado con elogios pomposos y retumbantes poesias, apareciese tan desnudo el *Persiles*. Parece que los amigos y apasionados del autor debian haber aprovechado la publicación de su obra póstuma para dar á su memoria los postreros honores; sin embargo, solo dos desconocidos se mueven á hacerlo. Y no hay que decir que los mas eminentes poetas tenían á menos adornar con sus versos las portadas de los libros ajenos, porque los continuos ejemplos son un testimonio en contrario. Especialmente Lope fué tan condescendiente en esta parte, que raro es el libro que se imprimió en los cuarenta años últimos de su vida que no tenga versos suyos; basta consultar la edicion que Sancha hizo de sus obras sueltas, y aun allí no los reunió todos. Solo le faltaron versos para Cervantes. El primer elogio, algo expresivo, que hizo de este escritor fué catorce años despues de su muerte, en el *Laurel de Apolo*; y en este libro celebró Lope con énfasis á tantos que no lo merecian, que los que lo fueron justamente tuvieron poco que agradecerle. La amistad entre Lope y Cervantes, si alguna vez existió, no debió ser cordial y sincera; varias cosas lo indican. Don Martin Fernandez de Navarrete, en su Vida del autor del *Quijote*, quiere probar que hubo buena correspondencia entre aquellos dos grandes ingenios. No es preciso decir de cuánto peso son para el que escribe estas líneas sus respetables opinio-

nes; pero tiene que confesar que lo que es en este punto no le convencen los argumentos que aduce. Le engañó su buen deseo de que entre dos tan grandes hombres no hubiese divergencia de sentimientos. Por lo que toca á Cervantes, es cierto que en casi todas sus obras alabó á Lope, y que lo hizo con candor y sin reserva; mas ¿cómo pagó Lope estos elogios? Un hombre que era tan tierno y expansivo, que no sabe hablar de sus amigos sin efusion, que tiene siempre en la pluma la alabanza, escribe siempre de Cervantes con una frialdad en que se retrata la de su corazón. El por qué no congeniaba con él es mas difícil averiguar. Lope era el idolo del pueblo, que usaba de su nombre como de medida de todo lo bueno; y esta aura popular tal vez le habia hecho sensible en demasia á todo lo que le pareciese falta de respeto hácia su persona y sus obras, y poco dispuesto á recibir las criticas sin ofenderse. Cervantes tenia sagacidad para conocer por dónde pecaban las comedias de Lope; y el que tan eminentemente supo pintar la parte ridícula de los libros de caballerias no careceria de gracia para retratar la que se hallaba en aquellas obras del fénix de los ingenios, tan aplaudidas del vulgo. Alguna chanzoneta acerca de ellas, y si se quiere, en despique de que los farsantes no le admitian las suyas, que no supo recibir Lope con la serenidad que debiera, fué tal vez la causa del alejamiento que experimentó hácia su convecino; pues aunque en una epístola dice á Gaspar de Barrionuevo que se rie de sus detractores y que no lee sus sátiras, las cosas se toman segun de donde vienen, y pudo muy bien hacerse sordo á los gárrulos graznidos de los que, pobres de méritos, querian hacerse célebres satirizándole, y llegarle al alma las burlas de Cervantes por el elevado concepto que tenia de su capacidad y rectitud de juicio.

dió á luz el año 1626, vertida en español, la novela poética de *Argenis*, que tomando por modelo á Heliodoro, escribió en latin el escocés Juan Barclayo. Dedicóla á don Antonio de Negro, noble genovés, con altisonantes elogios del original; y tan prendado se mostró de esta fábula, superior en su concepto á *Teágenes y Cariclea*, que tomó á su cuenta añadirle una segunda parte, la cual publicó en Sevilla (1). Era Pellicer mas erudito que hábil escritor; su segunda parte original es inferior á la traducida, y una y otra difieren mucho del estilo encantador del *Persiles*. Diez años habian pasado desde esta publicación á la de la version de la obra de Barclayo; y ya se nota el deplorable estrago hecho en el estilo por el gongorismo, unido á la escuela conceptista para corromperlo. Cervantes salía del mundo llevando consigo las tradiciones del buen decir, y Pellicer entraba en él amamantado en el veneno de la afectación mas ridícula. Solos tenia veinte y cuatro años cuando publicó su traducción; pocos mas cuando le añadió su segunda parte.

Las *novelas ejemplares* abrieron los ojos á los ingenios españoles para ver que habia tambien lauros en la novela corta. En ella probó igualmente sus fuerzas Lope de Vega, porque no quedase género alguno literario en que no mostrara su portentosa facilidad, si bien confiesa que el novelar nunca entró en su pensamiento. Hubo de emprender esta carrera obedeciendo á una señora que se lo habia replicado; y fácil es concebir que quien encontró argumentos para tantos centenares de comedias, en esta ocasion no los echaria de menos. La fama prodigiosa de Lope parece que le debia libertar de envidiar sus triunfos á nadie; ¿qué es lo que podia apetecer mas en este punto? Y sin embargo comienza mostrándose injusto con Cervantes, su predecesor. El que habia dado en sus obras tantos hiperbólicos elogios á autores que no lo merecian, y pensaba ostentar su espíritu laudatorio en *El laurel de Apolo*, hasta el punto de hacer dudar de su buena fe y de la rectitud de su crítica, contentase con decir que «en sus novelas no faltan gracia y estilo á Miguel de Cervantes». El señor Cerdá y Rico, que dirigió la hermosa edicion de las obras de Lope en veinte y un tomos (2), no puede menos de decir con este motivo que él añadiria que son las mejores que tenemos aun hoy, y que las de Lope tanto son mas apreciadas cuanto mas se allegan á la imitación de las de aquel ingenio incomparable, á quien, á pesar de la mezquindad de sus elogios, se propuso por modelo (3). En el tomo viii de dicha coleccion están las novelas, ocho en número, á saber: *Las fortunas de Diana*, *El desdichado por la honra*, *La mas prudente venganza*, *Guzmán el Bravo*, *Las dos venturas sin pensar*, *El pronóstico cumplido*, *La quinta de Laura* y *El celoso hasta morir*. Dió á luz la primera con la *Filomena*, en Madrid, en 1621, en 4.º, é incluyó las tres siguientes con *La Circe* en la edicion que de este poema hizo dos años adelante, en la misma corte. Despues se imprimieron juntas con las cuatro restantes en Zaragoza, por la viuda de Pedro Verges, año 1649, en 8.º; y en el siguiente de 1650 en Barcelona, en el mismo tamaño, con el título de *Novelas amo-*

(1) «Todo me ha parecido cuanto hasta aquí he visto corto para intento, fuera de *Argenis* (tan honrados son mis pensamientos); solo *Argenis* me ocupó todo, sin dejar en mi ociosa parte alguna de cuantas están eslabonadas al alma, de cuantas al cuerpo. Asunto grande, digno solo de su autor, Barclayo digo, prodigioso ingenio de Escocia, que ha emharazado á la fama mucho mas que todos los sabios antiguos; y así, desespere de conseguilla alguno, que embebecida solo en él, á nadie atiende. Aquí verá vuesamerced reprendidos los vicios, no las personas, pues para que quedasen ocultas, las recató entre anagramas. Amores tan puros, que solo les quita el crédito haber sucedido entre poderosos, por la mayor parte siempre arrojados. Guerras sangrientas, adonde el héroe francés hizo alarde de su valentía á los ojos del orbe, belicoso ganando á *Argenis*, á pesar de los competidores de su dicha. Amistades desencuadradas por pasiones propias, y su sagrado lazo cortado á manos de un afecto, pues son tan poderosos los deseos cuando quieren parecer tesson ó tema, que atropellan las obligaciones de modo que no parezca amistad la primera, pues en sus dejos se conoce si ha sido cándida ó interesada.»

Despues de la *Dedicatoria* sigue el siguiente escrito del traductor: *Al título de Juan Barclayo, ilustre genio de Escocia, y alumno de Francia, de don Josef Pellicer de Salas, su español intérprete, oracion*. En ella entre mil pomposas exageraciones se leen estas ano-

checidas é intrincadas frases: «Cédate Heliodoro; y si lo rehusare rebelde en el aplauso con que está legitimado justamente por los años, duplica el velle, ó en la estratagema de la cortesía, gloriándose modesto inferior suyo, ó en lo que claro conocen todos. No me fio de los doctos; de los bien intencionados sí, que nunca fué circunstancia del saber la buena intencion. ¡Oh cuán bien compiten la bellísima *Cariclea* y la divina *Argenis* sobre la mayoría de sus trabajos, dando á entender que pudieron padecer iguales fortunas: una errante por páramos; por naufragios desde Grecia á Etiopia, y otra encerrada con los regalos decentes á princesa en los dorados palacios de Trinaeria!...»

(2) Madrid, por don Antonio Sancha, 1776-1779.

(3) Además de las palabras copiadas, dice Lope en seguida, aludiendo al dictado de *ejemplares*: «Confieso que (las novelas) son libros de grande entretenimiento, y que podrían ser ejemplares como alguna de las historias de Vandelo; pero habian de escribirlos hombres científicos, ó por lo menos grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos.» De donde se deduce que no reconocia en Cervantes circunstancias para cumplir lo que prometia. — Tirso de Molina cita á Vandelo en *Deleitar aprovechando* como uno de los grandes novelistas toscanos con Bocacio y Giraldo. No conocemos sus obras.

rosas de los mejores ingenios de España, dirigidas á don Miguel de Zalvá y Valgornera, señor de las baronías de Jorba y Vilamant, caballero de la orden de Santiago. Dúdase si las cuatro últimas son de la propia mano que las primeras. Parece notarse en ellas diferencias en el estilo y en la invención; pero como nada dijeron los que las publicaron respecto á sus autores, han pasado por de Lope, y como tales se han reimpresso.

Al fin del *Guzman el Bravo* ofreció á la señora Marcia, que fué á quien dedicó Lope las cuatro reconocidas por suyas, otra novela, titulada *El Pastor de Galatea*, en que dice hallaría todo lo que puede amor, rey de los humanos afectos, y á lo que llega una pasión de celos, bastardos hijos de la desconfianza, ansia del entendimiento, ira de las almas, é inquietud de las letras. Anunció publicarla juntamente con *El laurel de Apolo*; mas sin otro ningún opúsculo apareció este poema. En las colecciones de Zaragoza y Barcelona se publicó *El Celoso hasta morir*, que corresponde con las señas que da Lope de su *Pastor de Galatea*, siendo su argumento mostrar el estrago que hace la desenfadada pasión de los celos en un hombre que se deja arrastrar de ellos indiscretamente: tal vez, aunque sin datos para asegurarlo, será una refundición de aquella obra. En sus novelas, como en todas sus cosas, tiene Lope chispazos de ingenio y de talento; pero en ellas, como en todo, es muy desigual. Habíase acostumbrado á trabajar con suma precipitación y abandono, acérrimos enemigos de la perfección; por lo que en el conjunto es muy inferior á Cervantes. Hay, puede decirse, tanta diferencia de su prosa á la del inimitable autor del *Quijote*, como de los versos de este á los de Lope de Vega. A cada criatura adorna el cielo con sus dones especiales, y abandonar el terreno propio para invadir el ajeno es exponerse á una derrota segura. No quiere decir esto que las novelas de Lope sean malas; el hombre de privilegiado talento, donde quiera lo muestra; y aquellos rasgos suyos aventajan en mucho á los de otros novelistas que entonces se estimaban. El público, que, absorto de admiración, había hecho de su escritor favorito el punto de comparación de todo lo bueno, las recibió como de su mano, y si no se hicieron de ellas mas ediciones fué porque su fertilidad monstruosa había acostumbrado á los lectores á novedades diarias.

Parece que la Providencia se había propuesto en aquella época darnos una prueba de su ilimitado poder, produciendo hombres extraordinarios, como no los ha vuelto á ofrecer España, y como podemos asegurar que ninguna nación los ha tenido juntos. ¿Cuál en un siglo nos presenta hombres tan colosales como Cervantes, Lope, Balbuena, Tirso y Quevedo? Es cierto que sus cualidades dominantes no eran el gusto y la parsimonia, como en los escritores franceses que ilustraron el siglo de Luis XIV; pero á semejanza de la naturaleza, que en los terrenos pingües y feraces brota espontáneamente en copiosísimos y fragrantísimos frutos, mezclados entre cardos y espinas, brotan de las cabezas de estos ingenios obras sin número, que aunque irregulares, asombran por la abundancia, mejor diré, por la exuberancia de su savia productora. Al mismo tiempo que Lope, bien que algo mas jóven, florecía Tirso de Molina, ingenio también prodigioso, aunque de cualidades enteramente opuestas. El caballerismo cándido y noble de Lope, se hallaba en él sustituido por una malicia y suspicacia truhanesca; el sentimentalismo de aquel, por una desvergüenza sarcástica; la veneración hacia el carácter ideal y casi divino con que el primero había concebido al sexo bello, por una complacencia maligna en presentarle por los flacos que mas frecuentemente, obligándolo á descender de su altura, lo hacen el blanco de la mordacidad de los hombres. Dedicóse al teatro, donde adquirió triunfos, no tan ruidosos como los de Lope, pero mas durables. Las obras de ambos tienen la misma oposición que sus caracteres: menos simpático y menos abundoso Tirso que Lope, le gana en agudeza y corrección de estilo; sus comedias están mas en consonancia con nuestros gustos. Los desengaños, ó más bien el hastío que le causaba un mundo, cuyos desbarros le pintó su imaginación con vivísimas tintas, movieronle por fin á retirarse al claustro. Allí, entregado á los estudios serios que le subieron á los primeros puestos de su religión, abandonó los escritos en que tanto había sobresalido; pero no decidiéndose del todo á dar de mano á las amenas letras y queriéndolas hacer compatibles con su nuevo estado, concluyó en 26 de febrero de 1652 una colección de novelas, que vió la luz en 1655 con el título de *Deleitar aprovechando* (1).

No era nuevo Tirso en esta carrera. El año 1624 había publicado *Los cigarrales de Toledo*, libro

(1) La reimprimió Antonio Marin en Madrid, 1763, en dos tomos en 4.º, de hermosa letra. Según dice este en su prólogo ó advertencia, antes se habían hecho otras impresiones, pero muy mendosas. Marin puso todo es-

mero en la corrección del texto, y estaba tan satisfecho de su trabajo, que dice que si el autor viviera, lo reconocería por su original.

Mateo de la Bastida había hecho otra edición en Ma-

en que reunió varias anécdotas y cuentos, siendo el hilo que los engarza la suposición de haberse reunido ciertas damas y caballeros en sus casas de campo, situadas en aquel término, y dispuesto que cada cual á su turno relatase una historia, en cuya ocupación y en la de representar comedias pasaban alegremente sus ocios. Entre los diversos lancees que refieren es muy notable la preciosa novela de *Los tres maridos burlados*, que el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch reimprimió en uno de los periódicos de la corte y últimamente se ha incluido en esta Colección. En su obra de *Deleitar aprovechando*, fray Gabriel Tellez (que este era el verdadero nombre que bajo el seudónimo de Tirso de Molina había enriquecido nuestro teatro de fábulas picantes llenas de travesura é ingenio) se propuso dar á los aficionados á la lectura un desahogo sabroso, que al mismo tiempo que los recrease, pudiera ser útil á la mejora de sus costumbres, significando con su título, aunque con mas claridad, lo mismo que quiso dar á entender Cervantes en el epíteto de *ejemplares*, con que calificó sus novelas. Dedicóla á don Luis Fernandez de Córdoba y Arce, señor de la villa del Carpio, expresando en la dedicatoria el motivo que le incitó á escribirla y exponiendo el argumento de las tres fábulas que comprende. «Enamoróme, son sus palabras, la elocuencia histórica con que san Basilio, obispo de Seleucia, escribió en griego de la inclita virgen y triunfadora mártir santa Tecla, y llegó á mis manos ya latina. Recreábanme los entretejidos sucesos, los acertados descaminos y las derrotas misteriosas por donde el cielo guió al sacrosanto pontífice Clemente, á sus padres y hermanos, para que héroes todos de la primitiva Iglesia, aquel fuese en la monarquía apostólica el segundo Vice-Cristo, conforme á la disposición de su glorioso Maestro pescador, claverero, aunque el cuarto según el nombramiento de su cónclave, y los otros admiración de Asia, blason de Europa, confusión de la fortuna, blanco de las adversidades, juego de las contingencias y triunfo de la virtud y de la constancia. Enseñoreábanse de mis afectos los rodeados atajos por donde la gracia guió para mas lustre de nuestra milicia redentora los pasos del bandolero mártir, gloria de Cataluña, ejecutoria de sus hijos, y verdadera imitación del que pendiente de un madero convirtió las afrentas del patíbulo en blasones, y sus asombros en deseos; lográndose los que abrasaban á nuestro catalán triunfante, de manera que algunos días, joyel de un árbol, pájaro celeste, iris del alimento diáfano, trofeo de la aurora virgen, y viva similitud de su hijo Dios difunto, quebró sus bríos á la muerte, y alargó los plazos á la vida para confusión de bárbaros y admiración de fieles.» Pensó al pronto si pondría estos tres asuntos en otras tantas comedias; pero luego desechó semejante idea, y menos se detuvo en la de escribir netamente las vidas de los tres santos, por la seguridad de que el público no las leería, retraído de tales libros y aficionado en demasia á los de entretenimiento (1).

drid, el año de 1677, donde suprimió la dedicatoria de Tirso y la sustituyó con otra de su cosecha, enderezada á la condesa de Fuensalida, vireina de Aragón.

(1) Todo lo que hay en este lugar de la dedicatoria acerca del estado del teatro y de la afición del público á leer novelas, es muy curioso; por lo que creo no parecerá excusado el que sea objeto de esta nota: «Tal vez imaginaba, dice, fiarlos al teatro en tres comedias; pero apenas me las consultaba el pensamiento, cuando retrocediendo él mismo, me advertía cuán desgahado el auditorio á todo lo sagrado, amenazaba atrevimientos, ya envidiosos, ya ignorantes, si los unos de los otros se distinguen; lo contingente del aplauso, lo peligroso de las ostentaciones carpinteras y pintoras, adonde han dado en acogerse, como á porteria de convento las penurias de las trazas y sentencias; la poca fe que ganan las verdades con los ensanches mentirosos que en semejantes argumentos añaden las musas, pues no hay comedia de esta especie en que no pongan mas prodigios de su casa que encierra un *Flos Sanctorum*, como les vengán á cuento á las tramoyas, sin que escrupulicen los poetas las censuras que el concilio sacrosanto Tridentino fulmina contra los que fingen milagros nunca sucedidos; y últimamente, recelaba el saber por experiencia lo poco que permanece la memoria de los varones célebres que por este camino se manifiestan al concurso; pues la que mas duración goza es, en la corte quince días, y en los demás pueblos de tres ó cuatro; quedando al tercer año sepultados sus cuadernos en los legajos, cuando mucho, de algún tratante

papelista. Vidas de santos, me decía asimismo, sencillamente impresas, por mas que lo sazone lo admirable de sus casos, se llevan consigo lo fastidioso, mas que todo lo divino. Los títulos solos de los libros espirituales dan de suerte en cara, que ofrecerle á un mercader el privilegio de balde para que los lleve al molde es sentenciarle en la pérdida del gasto, y la impresión al destierro de las especerías ó cartones. Tan insípida tiene la devoción nuestra tibieza. ¿Novelas? Eso sí; libros de comedias, aunque salgan los tomos de veinte en veinte; quimeras y aventuras con todo género de divertimento aseglarado; por lo nuevo, apetitoso; por lo eslabonado, suspensivo; por lo satírico, picante: estos se compran, se buscan y apetezen, sin que (aunque diversas veces se impriman), se pierdan los libros, ni los lectores se empalaguen.» — Mas profano, según eso, era el siglo de Tirso de Molina que el nuestro; hoy los libros devotos son los únicos que aseguran ganancia. Sigue luego. «Determinado pues en el empleo de estas resoluciones, gasté el año que digo en alimallas. La curiosidad registradora, siempre que las fiscalice, manifestará si cumplí, cuando no con sus deseos, con los míos. Coteje *La patrona de las musas* con lo que escribió en tres libros de la milagrosa santa Tecla, su devotísimo obispo seleuciense; *Los triunfos de la verdad* con lo que en diez que san Clemente dedica al primo de nuestro Dios Santiago, é intitula de las *Reconociones*; *El Vandolero* nuestro, con lo que las crónicas de su orden refieren del Armengol divino. Y atrévase la novela mas bien quimerizada con las que la gracia ce-